

OTRAS RAZONES

EL ESCRITOR DE COLUMNAS

Lo que sobre todo importa en un artículo de prensa es su interés. Para hoy y para mañana. Y lo interesante no está en el hecho de que sea actual por el tema de que trata, eso sería poner la opinión bajo los efímeros criterios informativos, ni tampoco en la modernidad del estilo, con que se decora lo caduco, sino en la circunstancia exclusiva de que sea atractivo por la actualidad de su tratamiento. Pues cada época, cada generación cultural tiene o ha de tener para ser auténtica, una vivencia propia de las mismas experiencias que antes, desde distinta perspectiva, fueron consideradas de otra manera. Lo que cambia con el tiempo, más que la naturaleza íntima de las cosas y fenómenos sociales, que sólo se transforman con las grandes convulsiones de la política o de la técnica, es su aspecto externo, la mayor complejidad que vemos en los asuntos de siempre, cuando los observamos, sin las gafas de nuestros padres, desde el avanzado promontorio de la juventud mental. Sólo de este modo actualizante y modernizador, la opinión sobre asuntos de interés público puede alcanzar el blanco de su diana: dotar de sentido inteligible a la información veraz, para convertirla en criterio de acción o de pensamiento de las nuevas generaciones.

Pero sucede que la actualidad informativa determina la pereza y la liviandad de la actualidad «opinativa». Que parece escrita sobre los surcos que abre en las aguas del pensamiento débil la poderosa quilla de acero de los buques de información mediática. Precisamente por esa causa, por esa debilidad de la opinión, los grandes medios de comunicación tienden a ser, pese a ellos, cada vez más homogéneos e incluso idénticos. Sus primeras páginas, con sus fotografías y grandes titulares, podrían ser intercambiadas de uno a otro sin que se notara alteración alguna en la identidad editorial del periódico. Y lo terrible para su credibilidad es que esa llamativa coincidencia, en lugar de parecer un signo de objetividad en la valoración de las noticias del día, levanta la sospecha de estar producida por el consenso informativo, en lo nacional, y por el servilismo ante los medios norteamericanos de comunicación, en lo internacional.

El hecho es que la uniformidad de la información diaria y la costumbre de escribir comentarios, más que opiniones, al hilo de los acontecimientos, provocan un bloqueo tan hermético de la imaginación intuitiva y la inteligencia crítica en los escritores de columnas que, salvo dos o tres excepciones, sus opiniones no pasan de ser complementos anodinos o enfáticos de lo que ha sido ya valorado por el periódico en sus titulares. Sería simplemente cómico, si no fuera demoledor para el cultivo de la inteligencia social: al toque de corneta del consenso informativo, una legión de «libre pensadores» se pone a pensar y a decir, cada uno en su personal estilo, lo mismo. Cuando el estilismo se pone de moda viste de luto a la literatura, por su falta de vida en el fondo, y suena como campana de duelo por la ausencia de pensamiento. La palabra queda cercenada, por el estilo, a la mera expresión de lo artificialmente bonito y consabido.



Contra lo que se piensa vulgarmente, opinar periódicamente en un medio importante de comunicación es una tarea intelectual mucho más exigente y comprometida que la de escribir un libro. Porque, para llevarla a cabo con la dignidad requerida por la función que desempeña, hace falta tener, además de cierto coraje cívico, un sentido bastante más agudo de la responsabilidad cultural y un sentimiento más fino del buen gusto. La razón es bastante simple. Frente al libro tenemos una clase de libertad de la que carecemos ante los grandes medios de comunicación: la de prohibirle entrar en nuestra casa. El escritor de columnas periódicas se encuentra, frente al escritor de libros, en la misma situación de exigencia que el arquitecto y el escultor de monumentos, frente al pintor. Al libro y al cuadro podemos no leerlo, no mirarlo. La vulgaridad en los ámbitos o espacios públicos, en las calles y en los medios de comunicación, tenemos forzosamente que sufrirla. Y nadie tiene derecho a cometer la tísica acción de embotar la sensibilidad de los demás, afeando y embruteciendo sus entornos culturales.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

CON ALMUNIA TOPA BORRELL

Borrell se ha movido como una fiera para demostrar que era verdad, que sí había ganado en el pulso contra el aparato socialista y que era un candidato con todas las de la ley. Pero, como era previsible, por mucho que corriera Borrell de emisora en emisora y de acto público en rueda de prensa, en algún momento tenía que topar con Almunia, asido al sillón con la paciencia de los elefantes.

Por eso, a este columnista le ha llegado el malestar de las huestes borrellianas. Luchan denodadamente por prestar una imagen carismática a su jefe de filas para que, a las primeras de cambio, sea Almunia el que se saque todos los titulares y, además, siente cátedra en dos asuntos cruciales para el PSOE: cómo abordar la rela-

LA IDEA DE ESPAÑA Y EL FRANQUISMO

Los cuarenta años de la dictadura, desgraciadamente, no pasaron en balde. Dejaron una profunda huella en nuestra sociedad. Troquelaron mentes, hábitos de comportamiento, ideas. No sólo en las gentes identificadas con la dictadura, también en la oposición. El autoritarismo, el dogmatismo incapaz de abrirse al discurso nuevo y al ajeno, la intensificación del machismo, la prepotencia del clero y la jerarquía para auleccionar y tratar de gobernar incluso a los que no forman parte del redil, son viejos hábitos que el franquismo potenció. Otras veces la influencia se ha ejercido, no por vía de asimilación, sino de reacción. Así gran parte del infantilismo sexual de nuestra sociedad parece dar la imagen de una pandilla de muchachos que acaban de escapar del colegio. Pero una de las influencias más perturbadoras de nuestra convivencia, viene dada por la apropiación que el franquismo realizó del concepto de España. Llegando a designar a todos quienes no comulgaban con la dictadura como la Anti-España. Inmenso conjunto formado por la mayoría de la ciudadanía española, desde el movimiento obrero y campesino, así como el feminista, hasta los



profesionales, intelectuales, científicos y artistas que profesaban ideas modernas y progresistas o defendían sus culturas nacionales.

Por más absurda que resulte semejante maniobra, no ha dejado de penetrar

intensamente en la conciencia de nuestra sociedad, hasta el extremo de que no solamente los defensores de los nacionalismos periféricos, sino otras muchas gentes, evitan pronunciar el nombre de España y lo sustituyen, como un eufemismo, por el del «Estado Español». Así se ha llegado a escribir que se habían producido grandes «inundaciones en el Estado español», como si únicamente las dependencias burocrático-estatales hubieran resultado invadidas por las aguas.

Mucho más gravemente, he oído decir en ocasiones que Euzkalerria había sido conquistada por España. La realidad es que se incorporó voluntariamente a la Corona de Castilla, cuyos reyes juraban los fueros ante el árbol de Guernika, representando la sujeción de éstos una de las fuentes del nacionalismo. Pero, conquistada no lo fue sino en la Guerra Civil, y no por España sino por las mismas fuerzas que ocuparon también bélicamente Madrid, Barcelona, Málaga, todo el territorio que se mantuvo fiel al Gobierno legal de la República. Y semejantes fuerzas, dirigidas por un hombre nacido en El Ferrol, estaban formadas, ciertamente, en parte por españoles, entre ellos los requetés navarros, buena parte de los cuales hablaba euskera —como recientemente ha recordado Jon Juaristi— pero, también, por italianos fascistas, en gran número, y por alemanes nazis, cuya aviación —y no precisamente la de Hidalgo de Cisneros que luchaba contra ella— arrasó Guernika. Pretender que este conglomerado de fuerzas monopolizara el nombre de España es deformar la realidad. Evidentemente España estaba mucho más auténticamente representada por el pueblo, por los pueblos que defendieron la legalidad de la II República, como el de Madrid, cuya resistencia ha quedado grabada en la historia. No sólo, ciertamente, por los hombres y mujeres de tales pueblos. No podemos olvidar la ejemplar y heroica —aunque mucho menos poderosa en efectivos y pertrechos— ayuda de las «Brigadas Internacionales». Una presencia que testimonia cómo aquello que definitivamente cuenta, por encima de las fronteras y de las lenguas, es la fraternidad en la lucha por la Libertad y la Justicia. Tales son los valores supremos. Que no tienen por qué resultar incompatibles con el sentimiento de pertenecer a una de las múltiples identidades colectivas y culturales que forman la humanidad; con el amor patrio. Pero sí con la apropiación excluyente de tales sentimientos, con el intento de arrancarlos a su base histórica y social para convertirlos en mitos, desde los cuales se define arbitrariamente y interesadamente la Patria y la Antipatria. Tal cosa hizo el franquismo con el concepto de España, pero es tentación que acecha, también, a los nacionalismos de nuestras diversas comunidades históricas.

Carlos PARIS

